

Un mundo, el mundo (*die Welt!*): un idioma

Juan Manuel Martín Arias

Traductor médico, Madrid (España). jmtraductorma@yahoo.es

Vuelvo a finales de los ochenta del siglo pasado, a uno de los grandes hospitales de Madrid, donde impartiera clases de inglés a médicos y enfermeras. La noticia de que los colegas de *Panace@* preparaban un número monográfico sobre el idioma alemán ha traído a mi memoria, después de tantos años, la anécdota vivida con un médico mayor, a punto ya de jubilarse —creo recordar que era neurólogo—. En cierta ocasión, entró en el despacho que compartía con otros médicos mientras me encontraba yo allí esperando a que llegasen los residentes para dar la clase de inglés. Como me preguntase quién era yo, le respondí que el profesor de inglés, y al punto exclamó, airado: «¡Inglés, inglés, inglés! ¡El verdadero idioma de la medicina es el alemán, el alemán, el alemán!». De nada sirvió que le respondiera que así era antes, pero no ahora. A todos mis argumentos respondía malhumorado una y otra vez: «¡Qué tiempos estos! ¡Qué tiempos estos!». Estaba claro que a aquel hombretón —media, como poco, un metro noventa y tenía el pelo intacto, muy abundante y totalmente blanco—, como si del estrafalario jinete del desierto a quien llamamos don Quijote se tratase, nada interesaba cómo fuesen las cosas, sino cómo debieran ser. Quizás había estudiado en Alemania y protestaba ahora ante la desaparición de un mundo que había sido, que *seguía siendo*, el suyo y el de tantos otros colegas que ya no estarían a su lado para comentar el último artículo de neurología publicado en la *Neurologisches Zentralblatt* de Berlín o para discutir acaloradamente sobre la mejor traducción que debía darse a uno u otro vocablo alemán del léxico de la medicina. Como la escena se repitió de forma idéntica en varias ocasiones, concluí que este neurólogo tenía problemas neurológicos, quizás una demencia incipiente.

Cuando rememoro esta anécdota se me encoge el corazón, como si fuese yo el apesadumbrado ángel de la historia del cuadro de Paul Klee, desolado en su caminar entre las ruinas del tiempo: lo que pudo ser y no fue, lo que fue y ya no es, excepto en la bruma de las fantasías de quien se resiste, no a la muerte, sino a la desaparición de lo que para él fue nada más y nada menos que un mundo, el mundo (*die Welt!*): es decir, *un idioma*. Todo puede morir; quizás incluso *todo deba morir*; excepto el idioma que un día habitamos y nos permitió ser algo más que una escuchimizada sombra furtiva que deambula entre la fecha del nacimiento y la fecha de la muerte. Saber esto no nos hace más felices, pero quizás sí un poco mejores. Quiero creerlo. Quiero pensar así en esta tarde-noche, ahora que el cruel otoño vuelve a Madrid como un acróbata en llamas. Ser fiel a un idioma es ser fiel a la infinitud. Sí, así es, *Herr Doktor*.

